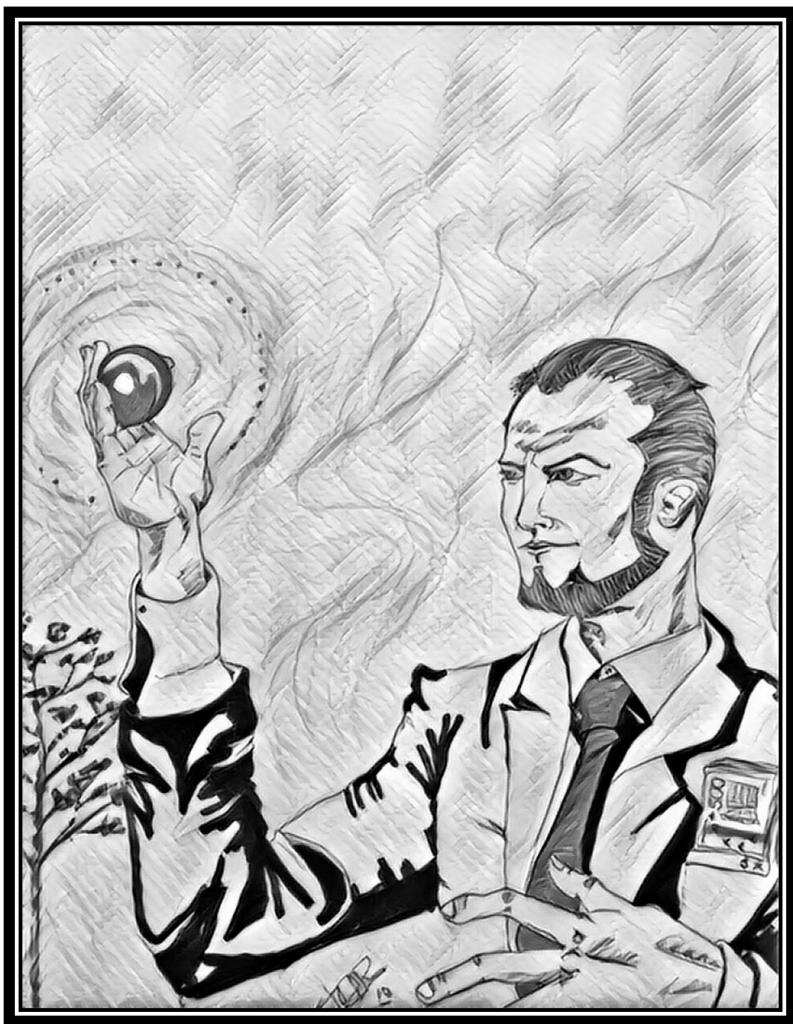


EL JUEGO ROJO



JORGE ANDRÉS LOZANO RIVAS

2002

EL JUEGO ROJO

*Me asomé de repente
por la ventana de los sueños,
y al ver lo mismo que tenía en vida,
me convertí en otro más
de sus prisioneros.*

Jorge Lozano

Quiero advertirlo de antemano: no pretendo en ningún momento ser justificado, comprendido y mucho menos pretendo ganarme el perdón de alguien; simplemente quiero confesarme, quiero aliviar mi corazón de esta presión tan grande y librar mi mente del sufrimiento ajeno que causé con mis manos y que ahora creo, padeceré en carne propia.

Todo aconteció de una manera muy particular, jamás me imaginé que pudiera actuar de una forma tan cruel e insensata en mi vida; pero la furia y la venganza se apoderaron de mí en aquel momento en el cual, viendo que todo estaba perdido y donde ya no quedaba el más mínimo rastro de esperanza, me entregué al satánico “juego rojo”. Pero bueno, es mejor empezar por el inicio, obviamente.

Yo pertenecía al grupo con mayor nivel social de este país, era un negociante exitoso, dueño de empresas, propiedades, mansiones y yates. Era invitado siempre a las fiestas más lujosas y extravagantes de toda la región y aunque muchos no me crean, podría asegurar que no existe plato selecto en el mundo, en el universo entero, que no haya degustado.

Mi ambición y avaricia por el poder fue tan grande, que llegué incluso a introducirme en los negocios más lóbregos (porque en este mundo son imposibles los excesos honestos) simplemente, para darme el “extasiante” placer de bañarme

en la más fina de las champañas todos los días, comprar una colección excéntrica de autos antiguos y viajar de un continente a otro cada vacío fin de mes. Mujeres que aspiraran mi amor nunca faltaron; sin embargo, siempre estuve, y ahora estoy seguro que siempre estaré, solo. La razón aún la desconozco, debe ser que un hombre únicamente alberga espacio para un solo dios y el mío, ya estaba definido desde hace muchos años atrás, se llamaba: Dinero. ¿Qué relación tiene dios con el amor? Bueno, el dinero es un dios celoso y no permite ni siquiera espacio para el amor en tu vida.

Muchos estarán pensando en este momento que soy un hombre aborrecible (puede ser esa otra razón de mi frustrante soledad), pero quiero comentar que la riqueza y el poder dejaron en un momento de ser todo para mí, porque fueron reemplazados, bruscamente, por el amor de una mujer.

En un oscuro rincón de “la alta sociedad”, se creó un grupo selecto de personas, una especie de club llamado “The Million”, donde sólo los más populares y poderosos podíamos entrar; éramos casi 30 personas, entre las cuales había magnates de todas las índoles: médicos, actores, modelos, deportistas, artistas, arquitectos, ingenieros y demás, sólo lo mejor de lo “mejor”. Nos reuníamos en la mansión de Gabriel Monroe; la suya, era la más suntuosa de todo el país, su cuarto de juegos y ceremonias, era el más indicado para llevar a cabo las actividades características del grupo.

¿Cómo ingresé a The Million? Es una historia larga y dolorosa; dolorosa porque a decir verdad, soy una de esas personas que provienen de abajo y recordar un triste pasado es algo que lastima. Mi papá era agricultor y trabajó toda su vida con la única intención de pagar mi estudio; su simple

meta en la vida, era que mi destino fuera muy distinto al de él y en cierta parte funcionó. Hice algo de dinero con mi carrera como contador, tuve comodidades y una modesta vida sin preocupaciones; sin embargo, eso para mí no era suficiente. Yo quería más. Así fue como acepté algunos contratos ilegales y fui cómplice de uno que otro movimiento financiero ilícito en cargos políticos, trabajos que me pagaron bastante bien. Procuraba no hacer muchas cosas indebidas porque aún mi alma se sentía culpable, sentía miedo. Con cada gestión corrupta, yo hacía diez inversiones legales y de esas inversiones obtenía más dinero. Siguiendo esa estrategia de limpiar mi dinero sucio, no me sentía tan mal con mi conciencia, pero nadie puede engañar a su propia alma.

Todo el embrollo de “The Million” comenzó con una inocente invitación. A las personas con alto nivel social, suelen llegarles invitaciones, cartas, obsequios y mensajes de toda índole sin siquiera buscarlas; esta invitación, como todas las demás, fue enviada por un “desconocido famoso”, así se le conocía a aquél que todos distinguen, pero que nunca en vida han tratado con él y tampoco pueden explicar el origen de su popularidad.

El motivo de la reunión era superficialmente inexistente, pero todos sabemos en el fondo que las reuniones de farándula tienen como propósito darnos un momento de victoria, mantenernos con el ego en el cielo; pues aunque duela aceptarlo, la vida de los “grandes” resulta ser algo humillante, llena de obligaciones y preocupaciones; tan vacía y solitaria, que conlleva al odio de todo lo circundante para concluir finalmente en el auto-desprecio. Hablo por mí, cuando acepto que la verdadera intención de asistir a dicha fiesta, era la de establecer contactos económicos para continuar acrecentando mi vasto imperio.

Como era de esperarse, el magnate de los petróleos Gabriel Monroe, era el anfitrión de tan suntuosa actividad. Nunca en mi vida le había conocido personalmente, pero al verlo, inmediatamente supe que nuestra futura relación iba a alcanzar niveles inesperados, poco comunes. Fue tan grande el lazo que nos unió al saludarnos, fue tan buena nuestra interacción al hablar durante aquel par de minutos, que ambos terminamos por coincidir en que no sería la última vez que nos encontraríamos. Su mansión parecía el castillo de Drácula, tan grande que ni las cientos de lámparas antiguas, atiborradas con cristales y cadenas, podían llegar a todos los espacios; por lo que existían muchas zonas oscuras, lúgubres. En medio de la increíble sala victoriana me encontraba yo, de pie, inmóvil, sin poder simular mi inactividad. Mientras todos dialogaban de banalidades y negocios, yo simplemente existía. Un lacayo me ofreció de su bandeja una copa de “*Champagne*” y yo la tomé rápidamente para disimular la inseguridad por mi fracaso social. Dueño de un importante conjunto de empresas y de una inmensurable fortuna, aún tenía problemas de personalidad y amor propio. Segundos después y con la bebida aún sin probar en mi mano, fue cuando la vi. No había ser más hermoso en la tierra que ella, me bastó sólo con ver el fulgor del traje rojo envolviendo su perfecto cuerpo y vislumbrar su radiante cabello que me recordaba el color del oro, para darme cuenta que, al igual que el oro, ella tenía que ser mía. Bastaron sólo esos segundos, esa insignificancia temporal, para llegar a pensar en cambiar todo mi poder, todo lo que me pertenece y todo lo que soy yo; incluso llegué a pensar en entregar mi propia alma al diablo, por tan solo probar un exquisito beso de su boca.

En ese mismo instante, como movido por una fuerza ajena a esta dimensión, me dirigí fijamente a ella. Nunca en mi vida había hecho esto, nunca había tenido éxito en acercamientos con la clase femenina y ni siquiera por mi cabeza desfilaba la idea de las probabilidades exitosas. Mi único pensamiento

radicaba en aquellos desafiantes y obsesivos ojos verdes; mis piernas se movían poseídas en su dirección y mis ojos, no quitaban la vista de semejante mujer. En ese momento, no era yo.

No recuerdo qué palabras le pronuncié en aquel período de desenfadada manifestación de gallardía, pero como un acto divino o “espirituoso”, tomando en cuenta las copas de champaña bebidas, éstas siguieron fluyendo desde el fondo de mi ser, surgían como raíces del suelo, alentadas por la gratificante curva de su sonrisa. Ella comenzó a hablar conmigo, hablamos como si nos conociéramos desde hace décadas. Me comentó sobre su duro trabajo de ser actriz y modelo, me confesó que aunque era una mujer muy bella, su vida siempre fue solitaria y, entre tantos temas hablados -que ya ni recuerdo- me confesó su nombre: Victoria. Jamás olvidaré ese nombre y ahora que me veo cerca de la muerte pienso, que es lo único que llevaré conmigo al sepulcro. Que irónico nombre: Victoria.

Con el avanzar de la noche y el crecer de la confianza, Victoria me comentó que pertenecía a un grupo secreto llamado “The Million”, una sociedad formada por las más afamadas personas, que el líder de ese grupo era Gabriel Monroe y que solo podían ingresar personas dispuestas a todo, personas interesadas en disfrutar de nuevas experiencias y hacerse más ricos; justo lo que me interesaba. Me dijo que entre ellos se jugaban extravagantes juegos de azar donde sólo existía un perdedor y al que le correspondía repartir un tesoro propio entre los demás miembros del grupo, me contó que sería muy agradable tenerme como miembro del club; pero que me advertía de antemano que muchos miembros habían perdido toda su fortuna en estos juegos y que otros, dejándose invadir de una desesperación tan grande causada por la derrota, habían optado por quitarse la vida. Yo no presté mucha atención a este tema, viéndolo como un mito comercial para convencerme de

ingresar al grupo y como estaba totalmente alucinado por la belleza de Victoria, controlado inconscientemente por esta mujer desde el momento que la vi, acepté entrar a “The Million” gustosamente. Al final de nuestro encuentro, me recordó que las reuniones eran todos los domingos a la medianoche, que me esperaba puntualmente en esta misma mansión y selló nuestro pacto con un beso en la mejilla que para mí fue eterno; cuando volví en sí, me di cuenta que la fiesta acababa de culminar.

Pasé tres días imaginando mi segundo encuentro con Victoria, miles de pensamientos vagaban en mi mente y devoraban mi tiempo como pirañas famélicas, algo dentro de mí la necesitaba con todas las fuerzas y no podía esperar para verla con estos cansados y arrugados ojos.

Llegó el tan ansiado día, era un domingo lluvioso y oscuro; pero el solo hecho de pensar en esa mujer hacía resplandecer las nubes con fulgor cegador. Ya me encontraba frente a la gigantesca puerta de madera de Gabriel Monroe, mi mente se encontraba en blanco aún después de haber ensayado por tres días las palabras para mi encuentro con Victoria. El mayordomo de Gabriel abrió la puerta con un rostro totalmente neutro y me invitó a seguir con el gesto mudo de su mano, yo ingresé y seguí al gigantesco empleado hasta mi lugar de destino: el cuarto de juegos. Aproveché el largo recorrido por el interior de la casa para recordar con desespero lo que debía decirle a Victoria; pero cuando estuve frente a ella y me dijo que me estaba esperando, lo único que pude hacer fue sudar, sudar como nunca antes lo había hecho en mi vida.

El cuarto de juegos era fantástico. Muy adentro, en lo profundo de la mansión, como si fuese un calabozo, se encontraba una cámara octagonal de más de 80 metros cuadrados. Había varias mesas, una para cada juego,

ajedrez, póker, dominó, ruleta y otros juegos que yo ni conocía; pero en el centro había una mesa rectangular gigante en la que todos los invitados esperaban mi llegada. Mientras me acercaba al grupo, deleité mis ojos con las pinturas de dragones colgadas de la pared, que cubrían el gris y antiguo ladrillo de la cámara. Al fondo había dos armaduras de caballeros antiguos tan brillantes que sus destellos impregnaban casi todo el muro, brillantes como los vestidos de algunas de las mujeres invitadas. La mesa era realmente gigantesca, había alrededor de 20 personas acomodadas a su alrededor; pero yo sólo podía mirar a Victoria, ese día estaba espectacular; un traje negro muy casual y atrevido pero elegantemente sostenido por su cuerpo, desviaba todas las miradas de la sala hacia ella, inclusive de las señoras que se encontraban allí y que no podían disimular su envidia.

Estuve de pie frente a los asistentes un momento mientras volvía del mundo celestial de Victoria y cuando reaccioné, hice una reverencia y saludé a la desconcertada audiencia. Gabriel se levantó y me invitó a tomar asiento en la gigantesca mesa, él se puso de pie y con una copa en su mano, me dio la bienvenida:

- Damas y caballeros, hoy tenemos el placer de tener a uno de los más exitosos contadores y comerciantes en la región y quién ahora hace parte de nuestro selecto grupo "The Million", por favor, démosle la bienvenida a Peter Red a nuestro Club.

Brindé con ellos, mas en mi espíritu sentí que no fue un brindis alegre, fue algo incómodo, tétrico y lúgubre como la mansión de Monroe; durante segundos pensé que era debido a mi extraña presencia en este recinto, pero cuando Gabriel comenzó a hablar nuevamente, entendí el motivo de la oscuridad ambiental.

- Querido Peter, amigo, debes estar consciente que este no es un club como cualquier otro, las reglas son pocas y muy

sencillas... pero trascendentales. – Su rostro arrogante pronunciaba cuidadosamente cada palabra emitida - Todos aquí estamos dispuestos a divertirnos, estamos dispuestos a todo, pero a un precio muy alto. Somos apostadores, y nuestra posta, es la fortuna o la vida.

Yo quedé algo confundido con lo que oía, hasta ahora comenzaba a entender en lo que me había metido sin pensar... en lo que me había metido por Victoria.

Con mi perturbación sólo se me ocurrió preguntar: -¿Qué sucedería si no cumplierse con el monto?

- Tu fortuna o tu vida y si no me crees pregúntale al miembro que te cedió el sillón que ahora ocupas – Contestó sonriente Gabriel, mientras los demás me veían con cara de desamparo.
- ¿Quién era? – pregunté con nerviosismo
- Carla Moon – Contestó una de las mujeres de la sala.
- ¿Carla Moon? ¡¿La actriz que murió en un accidente?! – Agregué desconcertado.
- Eso es lo que cree la gente – Cerró Gabriel con su irónica sonrisa. Los demás, con la mirada baja, no sonrieron.

Ahora tenía todo claro, esta gente era lo peor de la sociedad y yo era parte de ellos a partir de este momento. Era mi primer día y ya no quería pertenecer a “The Million”. Me iba a retirar en ese justo momento en que Gabriel me advirtió que ésta era mi última oportunidad para arrepentirme, que después, la única forma de retirarme era sin vida o en la quiebra.

Cuando me disponía a anunciar mi retirada, Victoria dirigió sus brillantes ojos verdes hacia mí, colocó su mano sobre la mía y acercándose a mi oído dijo: - Hazlo por mí, no me